

EL DESPERTAR DE UN ANGEL.¹

COMPOSICION ESCRITA EN VASCUENCE POR D. ANTONIO ARZAC Y ALBERDI.

TRADUCCIÓN LIBRE.

A la orilla del mar, entre peñascos,
 me encontraba una tarde. Como el viento
 impele á la hoja seca, así, á empellones,
 á mí las amarguras de la tierra
 hasta aquel borde de ésta me llevaron.
 Todo en torno era paz, todo silencio;
 todo tomaba un tinte de tristeza;
 mas mi tristeza era mayor. Las olas
 poco á poco avanzaban, sin fracaso,
 y en la orilla morían dulcemente.
 Ni se oía el chirriar desapacible
 de las gaviotas. ¡Ah, qué paz, Dios mío!
 Mas ¡qué tristeza! En su quietud, la hermosa
 pradera de agua que á mis piés tenía
 me parecía un vasto camposanto.
 ¡Cuántos duermen en él el sueño eterno!

Me descubrí, y mi alma, conmovida,
 se puso á hablar con su Hacedor. Estando
 así ocupado, apercibí á una pobre
 mujer, en cuyo rostro el sufrimiento
 dejado había su indeleble huella.
 Hacia mí caminaba la infelice,
 en los brazos trayendo un tierno niño,

(1) Reproducimos con el mayor gusto la siguiente traducción en versos libres castellanos, hecha por el distinguido escritor bizcaino D. Vicente de Arana de una balada en bascuence guipuzcoano de nuestro estimado colaborador y amigo D. Antonio Arzac y Alberdi, que vió la luz primera en las páginas de la EUSKAL-ERRIA. La hermosa traducción del Sr. Arana aparece en uno de los últimos números de la acreditada publicación de Madrid la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

más hermoso que el sol. Pronto estuvieron
 junto á mí, y me fué dado contemplarlos
 á mi sabor. Ellos no me veían.
 ¿Cómo podían verme, si la madre
 Solo miraba al cielo y á las aguas
 y solo á ella miraba el angelito;
 á ella, su madre, porque tan hermosa,
 tan celestial mirada como aquella
 solamente á una madre se dirige?
 Yo veía á los dos, y me parece
 que aun estoy contemplando aquel divino
 cuadro que contemplé con embeleso.

—

De pronto apareció junto á un peñasco,
 temblorosa barquilla. ¿Qué recuerdo
 surgió al verla en la mente de la madre?
 Ello es que la infeliz un angustioso
 grito lanzó, y la pobre criatura,
 asustada, rompió á llorar. La madre,
 por apagar su lloro, aunque sin ganas,
 entonó una canción. ¡Oh Dios, qué triste
 es el cantar con lágrimas mezclado!
 Huyendo vine á este rincón, y encuentro
 también aquí las mismas amarguras
 que dó quier me asediaron. ¡Oh, qué mundo!
 ¡No hay en él un rincón tan escondido
 que no llegue el dolor!

Al amoroso

arrullo de su madre, dulcemente
 el niño se durmió. La madre entónces
 puso sobre una roca al angelito;
 mas no apartó de él la protectora
 mano, y llevando al corazon la otra,
 de rodillas se hincó, mirando al cielo.
 ¿Qué pasó entónces? ¿Qué es lo que decía
 el corazon de aquella desgraciada?
 ¿Qué le pedía á Dios para aquel niño,

que entre el cielo y la tierra colocado,
de piedra en dura cuna reposaba?
¡No sé! ¡No sé! Mas ¿cómo el alto cielo
no había de ablandarse, y condolerse,
y enloquecer, enloquecer de gozo,
viendo aquel cuadro encantador?

El tiempo

volaba, avecinábbase la noche,
iba cubriendo el mar espesa bruma,
y apareció en el cielo una estrellita.
De pronto el niño despertó, riendo;
los brazos extendió, cual si quisiera
la estrella coger, y alegremente
—¡Padre! —exclamó!— ¡Padre! gritó de nuevo.
Se alzó entónces la madre, y amorosa
á su hijito estrechó, y él, los bracitos
al cuello de su madre echó gozoso.
Así permanecieron largo rato.

—

Yo, que inmóvil allí, con la cabeza
entre las manos, les miraba atento,
sentí por mis mejillas, gota á gota,
las lágrimas rodar, lágrimas dulces,
las más dulces que hasta ahora he derramado.
¡Oh Dios, qué despertar el de aquel ángel!

VICENTE DE ARANA.

Bilbao 11 de Abril de 1883.

